

Pertenencia, patrimonio y ruinas. Etnografía en los bordes temporales de la ciudad.

Helene Risor, Tamara Hernández y Vicente Didier.

Cita:

Helene Risor, Tamara Hernández y Vicente Didier (2019). *Pertenencia, patrimonio y ruinas. Etnografía en los bordes temporales de la ciudad. X Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/x.congreso.chileno.de.antropologia/42>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edE8/fwT>

Pertenencia, patrimonio y ruinas. Etnografía en los bordes temporales de la ciudad

Helene Risor - Tamara Hernández - Vicente Didier⁷

La cultura moderna actual genera fascinación por las ruinas, con el declive de narrativas que enaltecen la idea de “progreso”, el espacio ruinoso se ha configurado como un espacio de añoranza, nostalgia y melancolía. La presente ponencia indaga en el proceso de patrimonialización de dos casos de estudio urbanos, ambos se inscriben en el paso de lo “ordinario” a lo “extraordinario”: el Complejo Habitacional KPD en El Belloto (Región de Valparaíso) y la Maestranza de San Bernardo (Región Metropolitana).

Teóricamente nos interesan estos casos en tanto “ruinas revolucionarias”, es decir espacios que rememoran realidades y proyecciones modernistas de una época pre-neoliberal. Ambos comparten una reminiscencia al pasado y se irguen como recordatorios de un futuro que no fue (el proyecto productivo modernista y/o socialista chileno). La etnografía nos indica cómo la noción de estos sitios en proceso de patrimonialización genera narrativas disímiles en los actores involucrados; son espacios disputados por diversos sentidos de pertenencia que conversan de múltiples formas con el pasado (y con el futuro). La población KPD, en tanto “viviendas sociales” nos permite reflexionar respecto al hogar, y lo propio hace la Maestranza respecto al lugar de las ruinas industriales en el despliegue urbano de Santiago.

La espacialidad y la movilidad son fenómenos que interfieren en la construcción cotidiana de las ciudades, el acercamiento etnográfico desarrollado en esta investigación ha puesto como foco **espacios en ruinas**. Si bien nos hemos centrado en conocer las prácticas cotidianas de las personas que habitan, deambulan y recorren estos espacios, nuestro último objeto de estudio son estos espacios en sí y la relación de las personas que se vinculan con ellos. Estas relaciones las hemos entendido en tanto inscritas dentro de proyectos de ciudad más amplios que les dan sentido, y de paso, dan sentido al orden urbano en general. Tal como lo ha indicado Brian Larkin (2013) en su trabajo en torno a la infraestructura, los espacios y construcciones, son elementos que existen más allá de su función puramente técnica, y pueden ser analizadas como vehículos

⁷ Centro de Estudios Interculturales e Indígenas (CIIR). Correo electrónico: hrisor@uc.cl, tamara.hernandez@uc.cl, vdidier@uc.cl.

concretos que interpelan a los sujetos con quienes se relacionan. Poseen un trasfondo semiótico y estético, que despierta ciertas sensibilidades, y afectos todo lo cual modifica su relación con el espacio y el tiempo.

Otro antecedente importante recogemos de Yael Navaro-Yashin (2012) para quien las ruinas pueden ser entendidas como “los restos materiales o artefactos de destrucción o violación, pero también a las subjetividades y a los afectos residuales que, como una resaca, se mantienen apegados después de la guerra o la violencia” (Navaro-Yashin, 2012). En este sentido, el espacio no es entendido como un depositario de símbolos o afectos humanos, sino vemos a estos espacios como capaces de crear atmósferas afectivas múltiples, suscitando distintos procesos de subjetivación. La discusión que se deriva de estos postulados es una discusión en torno a desarrollar un marco analítico desde el cual abordar los remanentes afectivos que permanecen con la transformación urbana, un proceso que a nuestro entender incorpora no sólo distintos espacios urbanos, sino que también distintas temporalidades. A nuestro saber, una de las formas de abordar estos remanentes es a través de procesos de patrimonialización.

Quienes habitan la ruina Viviendas KPD

Nuestro primer caso es el *Complejo Habitacional KPD* (siglas en ruso para *Edificación con Grandes Paneles*) emplazado en el sector sur de la comuna de Quilpué, Región de Valparaíso. Los blocks de este complejo datan de principios de los años 70 y se construyeron con una técnica constructiva muy novedosa, con paneles pre-fabricados. La fábrica KPD se trajo a Chile gracias a una donación soviética realizada durante el gobierno de Salvador Allende tras el terremoto del 71. La fábrica prometía acabar con el déficit habitacional del país, y fue parte central de las batallas productivas y comunicacionales del gobierno de la Unidad Popular. La construcción del complejo de El Belloto consta de más de 200 departamentos de entre 70 y 80 metros cuadrados, erguidos entre fines del 1972 e interrumpida por el golpe de Estado de 1973.

Para quien visita el sector, los departamentos se diferencian de sus vecinos por varios aspectos muy evidentes, materialidad, dimensiones y aspecto de los edificios. Para tratarse de una vivienda social estamos hablando de departamentos de alto estándar de calidad constructiva y confort para sus ocupantes. Un olvidado monolito de concreto consignaba el lugar donde había una placa con el nombre que se le dio a la población al momento de su construcción: Población Máximo Gorki en honor al escritor ruso.

Al acercarnos etnográficamente a este caso nos fuimos dando cuenta de la fascinación que despierta entre distintos observadores. Los pocos vecinos que aún viven en el sector y que presenciaron la obra en construcción, aún hablan maravillados respecto a la celeridad con que se iban uniendo los bloques de cemento para armar los edificios, el ritmo les parecía vertiginoso, las grúas majestuosas, los hombres y mujeres que trabajan con ellas una especie de superhéroes.

Entre quienes fueron testigos del proceso de fabricación de estos bloques en la Planta de la KPD, el afecto que despiertan es aún mayor: en nuestras entrevistas y conversaciones

apreciamos un profundo “enamoramamiento” que se mantiene en torno a la materialidad, tanto así que el significado y el proyecto que emanaba de la fábrica (la respuesta a todos los males) inundaba las distintas esferas de su vida. Lo anterior está situado de forma evidente en un contexto revolucionario, donde todos los esfuerzos eran indispensables y se veía posible inventar un nuevo futuro, el horizonte se mostraba abierto para la agencia humana y sus posibilidades ilimitadas, esto se conjuga a su vez con una profunda fe subyacente en la tecnología y sus frutos en el bienestar humano, etc.

Las profundas reformas neoliberales impuestas durante la dictadura de Pinochet y perpetradas en democracia son palpables en el ordenamiento del espacio urbano en Chile. De ser un sitio descampado, solitario y algo rural a principios de los años 70, el sector de Belloto Sur sufre una “invasión” (en palabras de los vecinos) en la década de los 80 y 90. De forma explosiva, distintos proyectos inmobiliarios, la mayoría de ellos de viviendas públicas, se emplazan en el sector y en consecuencia la población crece notablemente.

En términos de bordes temporales, la población KPD la hemos tematizado como espacio de ruina en el contexto de este proyecto, no en el sentido de que esté o se vea “arruinada”, sino en tanto el Conjunto Habitacional KPD representa un recuerdo constante, no del pasado, sino del futuro que pudo haber sido “el que no llegó”. Es de conocimiento general entre los vecinos las circunstancias en las que se construyó el complejo (fábrica regalada de la URSS), también es conocido el carácter de las viviendas y el problema que venían a resolver (se trataba de viviendas sociales para la clase popular, se buscaba responder al déficit de 600 mil viviendas que existía. La manera de responder al déficit no fue simplemente maximizando el número de viviendas a costa del confort. La manera en que el proyecto KPD responde a este requerimiento es entregando viviendas *modernas* (para la época), con una idea de confort desconocida pero anhelada por la clase trabajadora de la época.

La actualidad de la población también es un marcador del despojo y la violencia suscitada por las Estado en los años posteriores al Golpe. Los militares se hicieron cargo de la asignación de las viviendas, y como era de esperar, las listas de la Corporación de Vivienda fueron alteradas, y quienes se suponía recibirían estos departamentos fueron removidos. En cambio, por su calidad y metraje la propiedad de los blocks fue entregada a la Oficina de Bienestar de la Marina, quienes a su vez hicieron venta de estos departamentos a familiares y funcionarios. “Esos blocks, son de la Unidad Popular, me dice. Aunque ahora viven ahí puros familiares de marinos, usted sabe, comenta, y hace un gesto con el hombro, como diciendo así es la cosa no más”⁸.

Maestranza ferroviaria de San Bernardo

Del trabajo etnográfico realizado en las ruinas emerge la pregunta respecto de cómo pensar la temporalidad de estos espacios, los cuales se desentienden tanto de los ritmos cotidianos de la ciudad, como de procesos más largos de desarrollo urbano.

⁸ Notas de campo. Febrero 2017.

El caso de la Maestranza de San Bernardo -a diferencia de los edificios KPD- se relaciona con lo que entendemos coloquialmente como una ruina: un espacio “abandonado” de otrora que se mantiene en pie solo en tanto aun no es “otra cosa”.

Los remanentes de la ex-Maestranza ferroviaria de San Bernardo son imponentes; son tres naves con techos de 10 metros de alto que se extienden unos 100 metros las más grandes y 50 metros la más pequeña. La estructura es profundamente sólida. Las gruesas vigas de concreto que se siguen a lo largo de toda la extensión de la nave principal muestran en cada uno de ellos uno de los signos más evidentes de un lugar considerado “tierra de nadie”: palimpsestos de tags y graffitis. El suelo de la maestranza está lleno de basura sedimentada, mostrando los rastros de lo que ha pasado en ese espacio: ropa relativamente nueva, a veces organizada, probablemente para vender en la calle, flyers de fiestas electrónicas que habían sucedido en las naves de la Maestranza, latas y botellas de cerveza, casas de perro y cartones usados como cama y escombros de todo lo que la gente prefiere deshacerse.

Dentro de largos períodos en la Maestranza, la intención de quienes deambulan cotidianamente por ella parece ser la misma: el anonimato. Parejas de jóvenes buscando intimidad entre lo que alguna vez fueron las oficinas de los operadores, otros prefieren drogarse en lo que queda de la tornamesa que en el parque aledaño, donde simplemente “no podís andar con esta cara”, otros iban a quemar cables de cobre -probablemente robados- para sacarles el plástico y poder venderlos después.

En la Maestranza los rastros de estas actividades son vívidos, no solo son los objetos que se acumulan, uno sobre otro, sino que se siente el tiempo pasado por distintas personas ahí, tal como el polvo, tal como los escombros, el tiempo que emana de los tag y los graffitis superpuestos, se percibe sedimentado, como si incontables presentes se acumularan uno sobre otro. Esto es lo que se percibe de un espacio que no está “limpio”, que por una pugna entre quien posee la propiedad del terreno y quienes sienten que les pertenece el terreno, ha salido de las cadenas de limpieza y cuidado urbano y se encuentra suspendido de los permanentes ciclos de renovación y de las múltiples líneas de expansión urbana.

Todo esto ocurre a media cuadra del nuevo metro tren, traído desde España, que hoy conecta a los habitantes de la clase media que 20 años atrás compró sus casas en el sector y que hoy se perciben amenazados por la Maestranza como un espacio de inseguridad, así como por los fuertes flujos migratorios de haitianos.

¿Cómo llegó la Maestranza a ocupar este lugar, tanto para quienes se acogen en ella como para quienes la desprecian?

La Maestranza hoy en día es propiedad de una inmobiliaria llamada “Boulevard Maestranza” y fue declarada hace algunos años como Monumento Nacional por los esfuerzos de la llamada “Corporación Maestranza” ex “Comité de Defensa de la Maestranza de San Bernardo”. La Maestranza comienza sus funciones el año 1920 y estuvo fuertemente sindicalizada, creando incluso por medio de negociaciones la “Ley de Ferroviarios” durante el gobierno de Frei Montalba, lo cual fue desmantelado con el Golpe de Estado del 73, donde 11 obreros fueron secuestrados de

la Maestranza, torturados y asesinados en el Cerro Chena. No tan lentamente, las funciones que se cumplían y el personal de la Maestranza fueron disminuyendo hasta llegar a sus funciones mínimas. Si bien Guillermo Cruces -dirigente político de la Maestranza y actual presidente de la corporación Maestranza- recuerda este episodio con tristeza y solemnidad. En mis conversaciones con él pude sentir los sentimientos de traición y amargura respecto de la figura de Patricio Aylwin. Aylwin se reunió con los obreros de la Maestranza para prometerles el retorno de la industria ferroviaria usando emotivas figuras como el escuchar el pito de entrada de la faena de la Maestranza cuando era niño. De acuerdo a Guillermo, Aylwin habría vendido los terrenos de la Maestranza a una inmobiliaria Malaya que eventualmente produjo las casas que en la actualidad rodean las naves restantes de la Maestranza, cuyo funcionamiento se detuvo de manera definitiva el año 1996.

En nuestra entrevista original con Guillermo, él y todos los que trabajan en la Corporación Maestranza expresaban su deseo por que los galpones de la Maestranza se transformaran en un museo de la memoria ferroviaria. Guillermo fue particularmente enfático en esto, dado que él compró muchas partes de las locomotoras que les tocaba reparar en la Maestranza. En ese momento nos pareció que Guillermo y el resto de la Corporación estaban empapados de una nostalgia del pasado, de la permanente búsqueda de un retorno al “hogar” en palabras de Svetlana Boym (2018).

Sin embargo, en una visita que hicimos juntos a la Maestranza, Guillermo nos sorprendió con planes muy distintos que él tenía para la Maestranza: para él la inmobiliaria, si fuese inteligente, crearía una universidad técnica, que fuese capaz de anticiparse a la tecnología que ya tenemos encima, que fuese capaz de mejorar la fabricación y reparación de drones y luego procedió a mostrarnos un video de Facebook sobre los desarrolladores de drones como armas. Guillermo no es un nostálgico del pasado -o del futuro que podría haber sido- Guillermo espera que Chile retome la vanguardia tecnológica que alguna vez implicó el ferrocarril, hoy depositada por él en el potencial desarrollo de drones.

Patrimonio de la violencia: revolución y contra-revolución

¿Qué sucede cuando la herencia es la del recuerdo de la violencia? ¿de qué manera recordamos -y se nos es permitido recordar- el miedo y la frustración de un proyecto de futuro? ¿de qué manera un espacio se vuelve “extraordinario”?

Siguiendo a Hannah Arendt (2006) entendemos revolución destacando su aspecto experiencial, en términos de la experiencia que viven esos hombres y esas mujeres que protagonizan un proceso revolucionario de construcción de algo nuevo. Ahí radica lo fundamentalmente revolucionario del proceso socialista chileno, la apertura y la potencialidad que despertó, (y que hoy resplandece en sitios como nuestros casos como recuerdos de un período en que se buscó activamente la consecución de grados más amplios de libertad. Decimos que son ruinas revolucionarias en tanto despiertan hoy en día reminiscencias de un proyecto trunco y de la violencia con que este proyecto les fue despojado a sus actores.

La contra-revolución, por su parte, la podemos entender desde Tamara Spira (2012), quien estudia las transformaciones durante los 00' en la cárcel de Pisagua como una forma de "guerra neoliberal de baja intensidad". Si bien la contra-revolución existe en su forma de "alta intensidad" -la persecución militar y armada de los sujetos revolucionarios- la cual son formas de violencia que se viven como "paz" y cotidianeidad.

Tamara Spira (2012) nos introduce al concepto de "cautividades neoliberales", el cual ella define como "el proceso mediante el cual programas de contra-revolución retributiva y guerra se encriptan en definiciones neoliberales de "paz" y "libertad" y la violencia se subsume en estructuras normativas de la vida cotidiana". En definitiva, la posibilidad de enterrar los antagonismos sociales antes que pretender su resolución, por medio de la guerra de baja intensidad.

Esta tensión permanentemente irresuelta entre revolución y contra-revolución -los intentos de Boulevard Maestranza por transformar la Maestranza en un mall, contra la Corporación Maestranza, para ser concretos- es una que se paraliza justamente una vez que los edificios son declarados Monumento Nacional. Esto nos recuerda la dialéctica presentada por Gordillo (2014) en torno a la destrucción, producción y creación del espacio, las formas de la violencia y de la insurgencia, los escombros y las ruinas en tanto restos materiales de esas destrucciones realizadas en nombre de la conquista, la civilización, la modernidad, la expansión del Estado-nación y ahora el neoextractivismo en el caso de la frontera de El Chaco.

Volviendo a nuestros casos, vemos que para la Corporación Maestranza este hito ha permitido detener el avance de los planes para el mall, pero al mismo tiempo ha detenido en gran medida los proyectos que pueden llegar a desarrollarse en ese espacio. En este sentido la declaración de Monumento Nacional funciona como una medida que efectivamente protege estos espacios ya que al mismo tiempo depende de una determinada concepción de historia en la cual el pasado está irremediabilmente perdido o bien, puede ser definitivamente enterrado por medio de la violencia. En el caso de la Maestranza, la idea de Guillermo de crear una universidad tecnológica es una ambición de retomar la revolución tecnológica que implicó el ferrocarril en términos actuales, persiste en él el impulso de conmemorar la violencia, pero al mismo tiempo la potencialidad revolucionaria del espacio no ha desaparecido para él. Sus estructuras de concreto resisten porfiadamente el paso del tiempo, y se prestan para resignificaciones y reocupaciones múltiples, permitiendo así múltiples lecturas, y amparando múltiples usos.

Conclusiones

Como resultados preliminares hemos ido identificando que la disputa por esta espacialidad y esta materialidad es una que está difícilmente asociada a una de ventaja o monopolio económico sobre estos sitios (aunque también hay algo de eso), es fundamentalmente una disputa respecto de los afectos asociados a ellos. La disputa no es de una sola organización contra el Estado, sino que también entre distintas organizaciones que experimentan diferentes afectos y significados con la infraestructura. Estos proyectos nos ponen en jaque respecto de la idea de propiedad y legitimidad de los sitios, sobre qué será recordado y la materialidad específica que adoptan los futuros desde

ahí proyectados. Los procesos de ruina que observamos en terreno tienen que ver sobre todo con el abandono, abandono no sólo del espacio en sí, sino también del proyecto revolucionario que estos espacios representaron alguna vez. En este contexto, la patrimonialización se instala como reacción también a este abandono. Parte de nuestro trabajo etnográfico estuvo enfocado en observar cómo este tipo de “ruinación” construye bordes, o fronteras, tanto temporales como espaciales e identificar a quiénes deja fuera, a quiénes incluye, qué afectos genera.

Para el caso de Quilpué, el rol subsidiario de las políticas estatales de vivienda y la segregación socioeconómica, entre otras cosas, han marcado la vida cotidiana de las personas del barrio, sus expresiones de ciudadanía y su imaginación del futuro. Para algunos los KPD evocan la nostalgia de otra y más heterogénea forma de vida urbana, nostalgia respecto de algo que no llegó a ser. Para otros, el complejo KPD se configura como una potencialidad de ver frutos económicos directos (la patrimonialización, rentabilizaría notoriamente los departamentos). Es decir, a la vez que los intentos por declarar el complejo como patrimonio, se interesa en destacar *el contexto* del proceso constructivo del complejo, el proyecto más amplio de sociedad el que pertenecían, desde el presente, las familias que habitan estas viviendas (o parte de ellas) se apropian de este proceso patrimonializante desde la lógica del resguardo de la propiedad privada y la ganancia individual.

Mientras que el caso de la Maestranza nos lleva a preguntarnos respecto de la vida cotidiana de espacios que se encuentran temporalmente suspendidos, de cómo en ellos se conjugan proyectos revolucionarios que aún se mantienen vigentes en sus formas con las nefastas consecuencias del desarrollo económico neoliberal, como depositarios de los excedentes humanos y no humanos de la ciudad. En definitiva, sobre los afectos de un trabajo que sucedió y dejó la infraestructura para un futuro que se vio truncado.

En definitiva, el estudio de las “ruinas revolucionarias” nos acerca a un entendimiento que se disocia del entendimiento del patrimonio exclusivamente como una forma de entender la Historia, sino como una forma de hacer patentes las contradicciones, narrativas, temporalidades y habitares que se despliegan en procesos históricos de revolución y contra-revolución que han marcado violentamente la historia del país.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. 2006. *On Revolution*. Penguin Classics. New York.

Boym, Svetlana. 2007. Nostalgia and its discontents. *The Hedgehog Review*, 9(2),7-21.

Gordillo, G. 2014. *The afterlife of destruction*. Duke University Press.

Larkin, B. 2013. The politics and poetics of Infrastructure. *Annual Review of Anthropology*, 42, 327-343.

Navaro-Yashin, Y. 2012. *The Make Believe Space: Affective Geography in a Post War Polity*. Duke University Press: Durham and London.

Spira, T. 2012. Neoliberal captivities Pisagua Prison and the low- intensity form. *Radical History Review Issue*, 112. (Winter 2012).